

excelente servicio que presta el libro a quien interese un panorama general y, en lo esencial completo, del estado actual de estos temas en que por vía de la ciencia y, dejándose llevar por ésta, se está ya en plena metafísica.

JORGE MILLAS

Traducido de la REVUE PHILOSOPHIQUE DE LA FRANCE ET DE L'ÉTRANGER, números 4 a 6, correspondientes al trimestre abril-junio de 1955.

Félix Schwartzmann. EL SENTIMIENTO DE LO HUMANO EN AMÉRICA. ENSAYO DE ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA. T. I. Santiago, 1950, Editorial Universitaria, S. A., Ricardo Santa Cruz 747, en 8º, 289 páginas.

“Es el tomo primero (al que deben seguir, por lo menos, otros dos) de una obra que el autor, profesor de la Universidad de Chile, consagra al estudio del sentimiento de lo humano en el americano, en el de la América hispanoportuguesa, en verdad, y más particularmente de los tres grandes estados de la América del Sur. Su trabajo es notable, no solamente por una visión íntima y directa del asunto, sino por un conocimiento amplio de los trabajos de lengua alemana e inglesa sobre la psicología y sociología étnica. (Desgraciadamente, no conoce los trabajos tan fecundos sobre psicología de los pueblos emprendidos en Francia en estos últimos años).

Hay en este libro, que es sobre todo introductorio, muchas consideraciones generales interesantes. El autor denun-

cia en él, de un modo general, lo que considera como dos prejuicios: uno en el que se atribuye a la influencia del clima y del medio natural, la psicología de un pueblo (cita al respecto, un ejemplo bien conocido, la explicación de la mentalidad brasileña por el ambiente tropical); y el otro prejuicio, el que consiste en explicar tales caracteres psicológicos por medio de consideraciones sobre su propia historia social (así, refiriéndose aún al Brasil, el efecto de la esclavitud y del mestizaje). Señala, en efecto, a propósito de estos dos ejemplos, que los caracteres del brasileño que se citan como apoyo de aquellas tesis, son en realidad comunes a todos los americanos (página 248). Busca por lo tanto una realidad mucho más profunda que esas adquisiciones más o menos tardías, la que se encuentra en un cierto sentimiento de la vida o sentimiento de lo humano que se expresa en las reacciones que tiene el hombre ante sí mismo, ante el prójimo y ante la naturaleza. Pero hay aquí otra dificultad que consiste en atribuir al americano actual como propios, rasgos que no le pertenecen exclusivamente y que probablemente se deben al trastorno general de los espíritus que ha tenido lugar en el planeta entero en el curso del último medio siglo; es lo que comprende muy bien Schwartzmann cuando esboza los rasgos generales de la psicología del hombre moderno, vinculados a una transformación que ha hecho sentir su influencia sobre todos los pueblos.

Son estas, consideraciones de método importantes y que, por otra parte, tal vez tienen un valor particular en pueblos relativamente nuevos cuyo presente no se encuentra sobrecargado de una larga historia y cuya raza se ha

formado bajo un clima diferente de aquel en que habitan. Por lo demás, el autor tiene el espíritu vuelto hacia el porvenir. "Como contemporáneos de este período que tiende a la unificación del mundo, nosotros debemos comprender la unidad americana en términos de tensión y de trayectorias espirituales".

Nos parece que el cuadro que hace del americano es bastante pesimista. Insistamos sobre el carácter concreto de este cuadro. El autor no procura describir una mentalidad, un conjunto de facultades que existiría primero en cada individuo y que solamente sería revelado por su conducta; piensa que es necesario enfocar integralmente las relaciones del individuo consigo mismo, con la naturaleza, con su prójimo, con la comunidad; las facultades no tienen sentido sin las relaciones concretas, y es en ellas en donde nace ese "sentimiento de lo humano" que investiga el autor. Señalemos los rasgos que nos parezcan más importantes. Una de las palabras que más frecuentemente aparecen es la de soledad, una soledad puramente humana, que es retorno sobre sí, sin resultado, y no alguna relación con una realidad trascendente; pues "la unidad religiosa es irreal y la unidad política engañosa". Hay, claro está, unidad "de cultura"; pero esta unidad no se da sin una excesiva unificación y sin una monotonía que no deja problemas. Esta cultura sin problemas crea una especie de culto de la facilidad, y el espíritu se abandona a lo que puede ser comprendido sin esfuerzos. Un segundo rasgo sobre el que vuelve a menudo, es la discontinuidad de la acción, que caracteriza los vínculos que se establecen entre el individuo y la sociedad;

ella es la causa de la gran inestabilidad en la acción, de su oscilar perpetuo entre la indolencia y una actividad violenta, corta, que es como una descarga nerviosa instantánea insuficiente para romper su soledad. Y aquí cito: "El americano no consigue armonizar la vida íntima con el acontecer social, ya sea porque carece de un sentimiento de solidaridad, o bien porque le ha abandonado la certeza de su participación creadora en la comunidad. Orígnase, entonces, una especie de interior desajuste o percepción negativa del íntimo fluir de la conciencia, por lo que el individuo huye de las afecciones del alma como de una potencia torturadora y hostil... Ahora, si no le es posible al individuo cambiar el signo de lo real afirmado, al hacerlo, otra forma de vida, percibirá su existencia dolorosamente, ya que la falta de sedignios trascendentes aniquila su misma sustancia" (página 253 y siguiente).

Un desequilibrio profundo, de antagonismos continuos, he ahí pues lo que, según el autor, constituiría lo esencial del "estilo de vida" del americano del sur. El resultado de ello es esta "fuga de sí mismo" a la cual consagra un último y conmovedor capítulo. Se acompaña ella de una tristeza que se debería al "sentimiento de inactividad espiritual experimentado por el americano", y a la conciencia, por otra parte, de que su acción no tiene significación social; el autor cita aquí a Keyserling (p. 271), quien ha señalado: "la tristeza sudamericana no tiene nada de trágico; es un dolor flotante conforme a la pura pasividad de la vida primordial".

Es difícil juzgar una obra desde su primer tomo*. El autor dice aún pocas cosas sobre los problemas que enun-

cia. Señalemos, no obstante, que encara dos posibilidades esenciales para el futuro; 1º Desarrollo de una civilización autóctona y regional; 2º continuación de la “occidentalización”; pero Europa que, según él, y a pesar de un renacimiento aparente, está en decadencia, no puede ya servir de modelo”.

G. FABRE.

* El tomo segundo apareció en el año 1954.

Hermann Weyl, SYMMETRY, Princeton University Press, 1952, 168 páginas.

“Simetría” evoca por lo general la idea de cierta proporcionalidad armónica entre elementos en el espacio; recuerda a la geometría elemental y al arte. A partir de esta noción algo vaga, Hermann Weyl —famoso por sus contribuciones a las matemáticas y filosofía de la ciencia, fallecido recientemente— desarrolla gradualmente el concepto geométrico de simetría en sus distintas formas, como simetría bilateral, de traslación, rotacional, ornamental y cristalográfica, hasta llegar a la idea general de “grupo de transformaciones automórficas” que comprenden a todas ellas.

De la aparente aridez formal de una exposición matemática, surge un ensayo fascinante. Los abstractos principios de la simetría, ofrecen un campo de aplicación insospechado: al arte, en sus más variadas manifestaciones; a la biología, cristalografía, teoría de la relatividad y mecánica cuántica; al álgebra y la epistemología, la estética y la filosofía de las ciencias. Difícilmente podríamos imaginar un conjunto pro-

blemático más heterogéneo que, sin embargo, encuentra su perfecto enlace en la teoría de los grupos. Sin descuidar los aspectos teórico-matemáticos, el autor logra múltiples y acertadas ejemplificaciones, hacer asimilable el material aún a quienes carecen de educación matemática superior. La simetría bilateral, que tan conspicua resulta en la estructura de los animales superiores, especialmente en el hombre, y que matemáticamente recibe una definición estricta por medio de la reflexión, con respecto a un plano, constituye el tema central del primer capítulo. Las páginas iniciales de éste, ofrecen un detallado panorama de varias manifestaciones artísticas en las cuales la simetría bilateral constituye la nota dominante.

A través de distintas reproducciones gráficas, traza Weyl el desarrollo de la simetría heráldica en el antiguo Oriente; de Sumeria a Persia, Siria y Bizancio. Aquí, la simetría es estrictamente bilateral, contrastando con el Occidente, “donde el arte, como la vida misma, se inclina a mitigar, a modificar, y aún a quebrar toda rigidez simétrica”. Esto es particularmente notorio en el ornamento artístico cristiano.

El simple reconocimiento de elementos simétricos en el arte, no satisface al genio filosófico de Weyl. Un problema se le plantea de inmediato. ¿En qué consiste el valor estético de la simetría? ¿Tiene éste su origen en la naturaleza que el hombre imita y perfecciona o, acaso, su fuente sea independiente de ella? Se inclina a creer, junto con Platón, que tal vez la idea matemática, constituye el origen común de ambas: “las leyes matemáticas que gobiernan la naturaleza son el origen de la simetría en ella, y la realización intuitiva en la mente creativa